

José Emilio Iniesta González



Narración

APOLO terminó al fin la oda que debería recitarse en honor de Lorenzo Médici durante su fiesta de cumpleaños. No repasó los endecasílabos, fiado de que todos estarían perfectamente escandidos. «Además, es lo mismo. Entre brumas de alcohol y flatulencias de manjares engullidos con avidez, nadie se tomaría la molestia de contar las sílabas». Recorrió los interminables corredores atestados de espejos y cuadros, la confusión de pasillos llenos de puertas —muchas de las cuales conducían a otros pasillos—, y por fin llegó a la estancia donde se hallaba Lorenzo. Dos gigantescos soldados teutones —no hablaban italiano, y su fidelidad hasta la muerte costaba decenas de monedas de oro—, le franquearon la entrada a la sala, no demasiado amplia, donde la Señoría observaba con curiosidad de experto una estatuilla de mármol.

—Micer Lorenzo, humildemente os compuse este panegírico como muestra de la admiración que despertáis en mí y en vuestro pueblo —dijo adulator.

— Os lo agradezco infinitamente —la sonrisa radiante y ladina de Lorenzo Médici, dueño, dominador absoluto de Florencia, dibujó una falsa expresión de sorpresa; él mismo le había encargado su panegírico—. Sois un buen amigo. Tan buen amigo como sirviente.

En boca de un Médici, la palabra ami-

go no solía significar otra cosa que siervo, criado o esclavo.

Lorenzo hojeó sin mucha atención los pergaminos repletos de versos que le alargara Apolo, y después, exclamando «magnífico, muy hermoso», volvió a su quehacer anterior, inspeccionando la estatuilla, que representaba a Marte completamente desnudo, provisto de escudo y lanza.

—¿Qué os parece?

— Una obra correcta, bien labrada —respondió Apolo con breve sequedad. Tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y no decir que Marte era, en realidad, muy diferente; que las facciones del dios guerrero eran mucho más brutales y hoscas que las del joven que había posado como modelo de la estatua; que el cuerpo del dios resultaba más musculoso y recio que el del efebo de mármol.

— Así pienso yo también —tras una pausa añadió—: Entregad el manuscrito a Benviolino para que lo memorice y ensaye inmediatamente. Cuidaréis, la tarde de mi aniversario, de que el histrión no beba, y estad cerca de él cuando recite... Si es preciso, vos le insuflaréis esa inspiración que a veces no tiene.

Estas últimas palabras las dijo con una palpable ironía que preocupó a Apolo. ¿Qué podía saber Lorenzo Médici? ¿Y qué era su comentario, una chanza o una

José Emilio Iniesta González

---

certeza? Zozobra causaban a veces los ojos escrutadores, desafiantes, de Lorenzo, que parecían observar el interior de las personas o leer sus mentes con maligna facilidad, bebiendo con avidez los pensamientos.

Apolo, confuso, saludó y salió de la sala.

Sin ninguna prisa, Apolo recorrió otra vez los corredores interminables en busca del actor, difícil de encontrar a tales horas. Una sirvienta joven con quien se cruzó le sonrió al pasar. A las mujeres les gustaba el guapo y perfecto rostro de Apolo, sin defectos ni arrugas, pero que no se podía considerar exactamente juvenil por esa mirada cansada y ese gesto sin ilusión que le desdibujaba las facciones, sobre todo cuando su memoria quedaba atrapada en las telarañas de los recuerdos, enredada o perdida en un laberinto de muchos siglos. Y aunque las mujeres encontraran apetecible aquel rostro bellísimo, aquel cuerpo varonil y admirable, perdían casi todo su interés tras el segundo o tercer coito, y buscaban otros hombres, menos hermosos o tal vez francamente feos, pero que rezumaban más juventud y vida que ese derrotado Apolo, cadáver viejísimo embutido en la carne y piel de un hombre eternamente joven en apariencia. Tampoco a él le entusiasmaban ya esas relaciones. Se había ido volviendo taciturno y esquivo. A menudo se quedaba pensando, con aire ausente. Ni un solo día dejaba de recordar cómo y cuándo había empezado aquel desastre. Quince siglos atrás...

Mercurio había irrumpido en el Olimpo aquel día más alterado que nunca.

— Un nuevo dios ha surgido, que pretende acabar con la supremacía y el poder de todos nosotros.

— ¿Un nuevo dios? —inquirió suspicaz Juno, quien creía ver siempre paternidades de su esposo Júpiter en todos los



alumbamientos, y más si eran éstos de carácter sobrenatural.

— Nuevo, sí, aunque... Sus seguidores afirman que se trata de un dios viejísimo, anterior a cualquiera de nosotros. Esa divinidad decidió hace poco encarnarse y tomar forma humana.

— ¿Más viejo que Saturno, padre de Júpiter? ¿Más viejo que la Tierra o el Caos?

— Anterior al tiempo y a la nada —aseguró Mercurio.

Comentarios incrédulos brotaron de todas partes. No desdeñaban las noticias del dios mensajero, pero las creían exageradas.

— ¿Y por qué querría acabar con nosotros? —Preguntó Baco—. El universo es grande y todos podemos manifestar nuestra omnipotencia sin estorbarnos.

Yo, por mi parte, desearía conocerle y ser su amigo.

— Sus doctrinas no admiten que haya más de un dios. Sus seguidores nos niegan. Algo me dice que el poder del intruso es superior al nuestro.

— ¿Y dónde ha surgido esa secta impía?

— En Israel.

— ¿Israel? — el bufido de Júpiter estremeció a todo el monte Olimpo—. Ya conozco a esos fanáticos monoteístas que se resisten a quemar incienso en nuestros altares. Adoran a un dios sin cara ni cuerpo que ninguno de nosotros ha visto jamás. ¡Bah! No os inquietéis, inmortales, esos sectarios nunca fueron muy numerosos ni su dios invisible demostró ser más fuerte que nosotros.

No se preocuparon. Los dioses —también Apolo—, se dedicaron a su acostumbrada vida sensual y muelle, y a intervenir, justa o arbitrariamente, en los asuntos de los mortales. Mientras tanto, la facción del nuevo dios —Jesús le llamaban—, se hacía más numerosa y fuerte, propagándose con suma rapidez. Poco a poco disminuían los sacrificios en los

templos, los hombres no les invocaban como antes, sus sacerdotes desertaban ante las aras o decrecían las hecatombes. Pero ellos fingían no darse cuenta de esa pérdida de adeptos, o a lo sumo, alguien comentó que había unas épocas menos piadosas que otras, pero que aquella tibieza religiosa pasaría pronto. Lo cierto es que Marte no logró, a pesar de poner todo su empeño en ello, que dos naciones pelearan, y Neptuno, quien decidiera hundir una flota comercial tiria, sólo pudo echar un barco a pique. Fue Diana la que, al llegar llorando amargamente a las cumbres del Olimpo, mostró a los dioses su tremenda falta de poder. Un grupo de ninfas se había encarado con ella:

— Nos hemos convertido a la fe de Jesús el Galileo. Hemos decidido consagrarle nuestra virginidad. ¿Te vienes? Tú podrías ser la priora.

Todo se hundía. Todo degeneraba con mayor rapidez de la prevista. La morada de los dioses tenía ahora un aire tosco y desangelado, y ya no era grata para nadie. Náyades y tritones desertaban, y Neptuno apenas si reinaba en cierto pequeño mar junto al litoral de Carthago Nova. Apolo se encastilló en su Parnaso. «Nadie —se dijo—, ni siquiera ese nuevo y cruel dios, podrá desterrar la belleza del universo». Seguía habiendo belleza, era verdad, se seguían cultivando las artes, pero no era ya Apolo quien imponía sus gustos. También él sentía ese debilitamiento que lo tornaba tan frágil. Los demás inmortales habían abandonado el Olimpo, lo mismo que él se exiliaría a algún apartado lugar, donde conservaría los restos de su poder o, quién sabe, llegaría a recuperar la omnipotencia.

Marchó a una perdida región de África dominada por los salvajes, a muchas leguas de distancia de cualquier tierra civilizada. Los indígenas no tardaron en

adorar a aquel rutilante dios blanco y rubio. Primitivos, brutales y desnudos, aquellos salvajes eran por lo menos fieles adoradores que jamás preferirían al aburrido dios crucificado. Apolo eligió la montaña más elevada de la región como un nuevo Parnaso, mas para desilusión suya no todo era igual: pantanos cenagosos y pestilentes médanos rodeaban el monte. Las musas no quisieron quedarse en ese país de caníbales cuya lengua no parecía humana. Sólo Terpsícore, inspiradora de la danza, aceptó encantada vivir entre unos salvajes de piel oscura cuyo sentido del ritmo era innato, y cuyos bailes prodigiosos dejaban estupefacto al mismo Apolo. «Terpsícore limará la rudeza de ciertos movimientos —pensaba—, irá poco a poco enseñándoles las reglas clásicas de la danza...». Fue al revés. Cierta día, Terpsícore asombró a Apolo danzando alocadamente como las salvajes, completamente desnuda, cara y brazos tiznados, moviendo sus pechos al son de los timbales.

Inasequible al desaliento, el Musageta trataba de helenizar a los indígenas, y así, una mañana se despertaron todos los hechiceros de las distintas tribus recitando una misma frase incomprensible: *Mé-nin aéide, théa, Peleyádeos Achilléos uloménen, / he myri'Acháiois álge éthe-ke...* Fue una satisfacción inenarrable para Apolo contemplar las oscuras facciones de los brujos surcadas por el asombro primero, después por el placer, mientras sus lenguas paladeaban los solemnes hexámetros griegos. ¡La Hélade eterna conquistando la impenetrable entraña de África! ¡El Sol atravesando las tinieblas! Poco importó que los negros no comprendieran los versos y los utilizaran como un mágico, aunque inútil, remedio contra el estreñimiento. Aquellos salvajes eran agradecidos y le tenían presente en sus

sacrificios —humanos, algunas veces— y guturales plegarias, aunque Apolo nunca llegó a ser sino un dios más entre los de su panteón: los espantosos dioses-panterra del mundo de los muertos, o los invisibles espíritus de los pantanos, cuya existencia deducían por los estragos que ocasionaban.

Así pasaron varios siglos. Un día recibió la visita de Mercurio, casi irreconocible bajo unos gruesos ropajes de color pardo.

— Me ha costado mucho hallarte, viejo amigo. Parece como si te hubieras escondido en las entrañas de la tierra por vergüenza o por miedo.

— No vas muy desencaminado. Los mortales nacen ya sabiendo que son y serán impotentes para casi todo. En un dios, en cambio, la impotencia hace brotar una desesperada vergüenza que es infinita, monstruosa, que ninguna resignación puede mitigar.

Mercurio asentía. La serenidad de su rostro no llegaba a disimular la tremenda tristeza que se asomaba a sus ojos escrutadores.

— Consuélate, Apolo. Eres quien más suerte has tenido de todos nosotros. Has logrado conservar parte de tu poder y lo ejerces como dios, lo que no nos ocurre a los demás.

— Como un dios débil en tierra de salvajes.

— ¡Bah! — sonrió Mercurio—. Ya querríamos poseer tu fuerza... Al menos tienes adoradores.

Comenzaba el crepúsculo. Alguna fiera rugió a lo lejos, escandalizando a monos y aves, cuyo griterío restalló contra el poniente amoratado. Algunas nubes recogían la última luz del sol, y se ponían densas y rojas como coágulos de sangre.

— ¿Qué sabes de los otros?

— No mucho. Todos abandonamos el Olimpo, como bien conoces. Ahora esa



montaña nuestra antigua morada, no es sino un monte más, una tumoración rocosa sin grandeza ni poesía. Nos dispersamos. Hasta hace poco no sabía el paradero de nadie, pero me hice el propósito firme de buscar a los mejores de nosotros.

Marte sentó plaza como soldado en las Cruzadas. No ha tardado en ser el capitán más pendenciero y violento de todo el ejército cristiano, notable por su crueldad. Aún debe de estar convaleciente de la cuchillada que un sarraceno le diera en la cabeza no hace mucho...

Baco encontró en la Borgoña, allá por las lejanas y brumosas Galias, un buen país donde beber y holgar: acompaña ahora a una manada de goliardos borrachos y escolares burlones.

— ¿Y Venus?

— No le van nada mal las cosas, dados los tiempos. Es la cortesana más afamada de Roma. Esos «castos» cristianos le han enseñado refinamientos y vicios que antes desconocía.

— ¿Y Júpiter, mi padre? ¿Y el rey y señor de los dioses?

— No te lo vas a creer. Tu pobre padre ha perdido la razón. Se dedica a amasar nubes todas las tardes, con las que forma pequeñas tormentas, mientras arroja rayos contra los monasterios del Monte Athos.

— Se divertirá mucho. Siempre fue esa su ocupación predilecta.

— Sí, y los monjes también se divierten saliendo en procesión, tras cada tormenta, para exorcizar al viejo loco.

Rieron. La risa de los dioses retumbó en las cumbres de Mboma'ngada, y se escuchó en las aldeas más próximas, cuyos habitantes las acogieron como un presagio de futuros bienes.

— ¿No me hablas de ti?

— Mi historia resulta muy poco interesante. Me he establecido hace poco en un frío y nublado burgo de la costa germana, donde soy un respetable mercader de la Hansa.

Apolo deseaba saber más y más. No, no era posible volver a los viejos tiempos, muertos para siempre. Sí, la religión del galileo se había asentado firmemente, para desgracia de los antiguos y otrora poderosos dioses. No, no era buena cosa ese

Islam, también pujante, monoteísta y estrecho, aún menos amigo de desnudeces que el cristianismo.

—Tampoco te hubiera gustado la Córdoba califal. Yo mismo no aguanté más de seis meses —Mercurio ocultó cuidadosamente la verdadera causa de su defección, al sorprenderse a sí mismo rezando la zalá en la Mezquita. ¡Eran tan contagiosos aquellos ritos!—. Pero a ti veo que todo te va bien.

Apolo ponderó la piedad de sus adoradores, a quienes alabó sin ambages, omitiendo sin embargo referir esa desagradable antropofagia que practicaban. Exageró las delicias de aquel país salvaje y terrible en que vivía con tanto voluntarismo, que más parecía tratar de convencerse a sí mismo, que a su huésped, de las excelencias de aquella tierra. La partida de Mercurio le hizo redescubrir su tremenda soledad, lo tedioso de aquel mundo reducido y primitivo, donde una misma palabra, Banxanga, podía significar cara, sesos, cabeza o pensamiento. Había perdido ya definitivamente a Terpsícore, embrutecida, fascinada por aquella cultura parva y mínima, donde contaba más el cuerpo que el intelecto.

«Será una labor lenta. Tal vez deban transcurrir siglos, pero acabaré puliendo a estos bárbaros».

Necesitó casi doscientos años para aclimatar el hexámetro en dialecto ngagwe. Algo mejor marchaba su proyecto de engendrar semidioses y héroes en el vientre de las indígenas, lujuriosas hembras de color de ébano; aunque la simiente del dios no logró crear un ser tan prodigioso como Hércules, sino cazadores de leones homicidas y monos sobrenaturales, su labor de amante le deparó gozos y deleites que fueron el mejor consuelo en su soledad.

Su existencia transcurría sin que nada cambiara a su alrededor. La misma selva

agobiante, los mismos médanos pestilentes y hoscos, la misma barbarie en unas tribus que, generación tras generación, no progresaban —al menos tal como Apolo concebía el progreso—. Un día (después de ... ¿cuánto tiempo?) un hecho le hizo ver la realidad en toda su crudeza. Una hermosa sacerdotisa a él consagrada, de una belleza desnuda y oscura como ni siquiera un dios hubiera podido dibujar en su mente, se le ofreció, lo invocó a gritos en mitad de la selva, lo llamó con las ansias de un animal en celo. Apolo se le mostró en todo su esplendor. Juntos, el dios y la mortal prolongaron sus goces hasta el amanecer. Despertó la sacerdotisa antes que Apolo: agradecida por los divinos favores, maravillada al contemplar el cuerpo perfecto del Musagueta, le demostró su admiración con un furor loco. Mordiéndole en el rostro, en el pecho, en el sexo, trató de devorar al dios. A golpes consiguió el dios zafarse de la mujer, que parecía más exaltada que una bacante. Ya lejos de aquel lugar, mientras restañaba el ícor que brotaba de las heridas, tuvo tiempo de pensar en su desgracia de exiliado entre salvajes antropófagos, terrible despertar, casi me castra, he malgastado lo que quedaba de mi vieja omnipotencia, jamás lograré otra cosa que no sea la desilusión o el embrutecimiento.

Marchó de allí. Se fue al mundo de las sombras, más allá de tierras y mares conocidos, para sumergir en las tinieblas la amargura que sentía. Quiso aniquilarse, morir sin morir, entregarse al casi monstruoso placer de no pensar, no hacer, no ser, lo mismo que las piedras o las aguas.

Algo, sin embargo, lo llamó. A través de la distancia, de las espantosas soledades donde reina la nada, algo lo sacudió y alejó de él el adormecimiento en que se hallaba.

José Emilio Iniesta González

---

Una ciudad parecía renacer de las cenizas del mundo diáfano y transparente que Apolo conociera. Florencia, como el reflejo de una luz lejana, o como el reflejo de un reflejo, recordaba bastante a la Atenas de los buenos tiempos o a la Roma refinada y helenizante.

«Vuelve a nacer el mundo y con él la vida. Seguro que haré falta».



Benvolino, el actor borracho y pendenciero, aunque genial los ratos que andaba inspirado, no estaba en su aposento, como Apolo había imaginado. Lo halló, tras recorrer media Florencia, en una tabernucha miserable no lejos del Arno, la cabeza apoyada en una mesa pringosa. Con sus vestidos llenos de vómitos, Benvolino iniciaba la desagradable —y casi diaria— tarea de recuperarse de la borrachera de la noche anterior.

— Ya es casi mediodía.

El histrión lo miró con aturdimiento y rabia.

— Hay que trabajar. Procura levantarte cuando te sientas mejor y vuelve a Palacio. Se aproxima la fiesta de Micer Lorenzo y debes aprenderte esta oda.

Apolo le mostró los pergaminos.

— Te los dejaría ahora mismo, pero temo que los fueras a perder. Será mejor que me busques en Palacio.

Nada pudo decir Benvolino, cuya lengua hinchada le pesaba en la boca como una losa de mármol.

Fuera ya del sucio antro, Apolo no pudo evitar el compararse con aquel hombre vicioso y degradado. ¿No reflejaba Benvolino, en tanto que hombre, la misma decadencia que mostraban Apolo o Júpiter o Venus como dioses? ¿Por qué misteriosa razón en un mismo hombre se habían juntado la degeneración y el talento, la miseria y el esplendor? Se preguntaba si no se debería todo al capricho de un dios, de ese Dios absoluto de los cristianos. ¿Y tendría ese dios una decadencia similar a la de las viejas divinidades? ¿Lo destronaría en ese caso un nuevo y pujante ser, o vendría la nada, implacable, a borrarlo todo sin opción a otro nuevo renacimiento?

Absorto en sus pensamientos caminaba por las calles y plazas de Florencia, sin darse cuenta bien de adónde se dirigía. Al fin se encontró ante la fachada de una iglesia. Varias veces había sentido la tentación de entrar en los templos del dios intruso, pero siempre se había resistido, pues no se había aún borrado el resentimiento contra ese galileo, de envidiable omnipotencia. Pero en esta ocasión, entró. El hecho de que la iglesia se pareciera por fuera a cierto templo a él erigido en Siracusa, contribuyó a disminuir la repugnancia de pisar aquellas lo-

José Emilio Iniesta González

---

sas consagradas al Cristo, de penetrar en un recinto donde habitaba la divinidad odiada, de respirar aquellos aires impregnados de incienso.

«Bien —se dijo—, si los hombres han preferido abandonar a dioses que ofrecían placeres y deleites para adorar a este dios crucificado, que predica la austeridad y el celibato, los hombres tendrán sus motivos, pero yo no los comprendo».

Se fijó en un corro que hablaba, en voz muy baja, junto a una de las capillas. Eran presbíteros. Apolo admiró las solemnes casullas, las majestuosas figuras de aquellos sacerdotes del dios desnudo, las miradas inteligentes y despiertas. Él creía haber visto figuras parecidas, rostros y expresiones semejantes muchos siglos atrás, cuando sacerdotes en Delfos y en otros lugares sagrados le invocaban, reclamaban oráculos de su sabiduría o le inmolaban hecatombes. Se sintió entonces cercano al dios intruso, con quien no dejaba de tener algo en co-

mún: ambos conocían bien la inconstancia y volubilidad de los hombres. Quizá los fieles de Cristo lo abandonarían un día para jurar obediencia a otro dios advenedizo y usurpador.

Su mirada se detuvo en una imagen de Jesús niño, recién nacido, en brazos de su madre. Le conmovió la ternura de aquella mujer para su hijo. ¡La ternura! Un sentimiento demasiado débil, demasiado humano para los viejos dioses, pero que poseía una especial hermosura en aquel templo, en aquella penumbra. La madre de dios no era una diosa sino una mortal, una simple mujer. ¡Buen misterio para los chamanes de Orfeo! Cuando Apolo salió de la iglesia un brillo juvenil iluminaba sus ojos. Él también podría ser útil al Cristo. Como abad u obispo, como cardenal, como príncipe, con más sinceridad y devoción que la demostrada por los hombres, el nuevo dios acabaría llamándolo a su servicio.

